

CRITICA MUSICAL:

La Pasión según San Juan, de Bach

Prosiguió la temporada de conciertos en el Teatro Municipal con una entrega memorable de la Pasión según San Juan, de Bach. La obra, cuya severidad cede sólo a ratos ante sentimientos más dulces, refleja la narración pasional del joven apóstol, quien saborea cada detalle vívido. La partitura fue presentada sin cercenamientos, dividida en las dos partes del original (una breve y otra larga).

El maestro Juan Pablo Izquierdo hizo una labor magnífica. Supo establecer continuidad e incorporar los diferentes trozos en un contexto unitario. Obtuvo resultados distinguidos, por igual, de voces e instrumentos.

El engrosado coro del Grupo Cámara Chile se lució gracias a la cuidadosa preparación por su director Mario Baeza, destacando no menos en las agitadas escenas masivas que en su retenido contrapunto con el bajo. Una gloria fueron los numerosos corales, de redacción y armonías infinitamente variadas.

El tenor brasileño Aldo Baldín sobresalió tanto en las peripecias del Evangelio como en las difícilísimas arias. Participando intensamente en el acontecer, desplegó un dramatismo escalofriante en los relatos, desde la captura de Jesús hasta su sepultación.

Logra suscitar suspenso emocional y ejercer tal fuerza sugestiva que se le escucha imantado, con el alma en un hilo. Canta con plena certidumbre y una pronunciación ejemplar de intérprete consumado. No sólo convence su maestría en pasajes temibles, como el llanto de Pedro o la flagelación, sino que sabe llenar de significado las frases más sencillas.

Los arabescos floridos de las arias no le parecen causar dificultades. Al contrario, también aquí muestra una soberanía que asombra, convirtiendo los barroquismos espinudos en vehículo de cálida expresión, secundado estupendamente por Izquierdo y los profesores de la Filarmónica.

Cautivaron las dos intervenciones de Carmen Luisa Letellier. Su contralto firme y bello salvó, sin molestia aparente, los escollos del aria con dos oboes. Un prodigio de profundidad mística fue su versión del Molto Adagio en Si menor, con el chelo de Jorge Román sobre el continuo de Luis González (órgano) y Ramón Bignon (contrabajo).

El argentino Mario Solomonoff (Jesús) maneja muy bien su lindo material de bajo, sin alcanzar en todo momento la dimensión espiritual del personaje que representa. Tuviron atrayente suavidad algunas de sus palabras en la cruz. Como cantante de oficio, aunque muy preocupado de su partitura, se mostró asimismo en el Arioso y las arias.

La soprano Violaine Soublette superó gallardamente, con metal fresco y musicalidad, las vallas formidables de su tarea. Así y todo, hubo en su actuación un encogimiento inexpresivo que le restó potencia comunicativa. Las figuras de Pedro y Pilato fueron encarnadas con dignidad y aplomo por el baritono Jorge Escobar, de excelentes condiciones vocales.

Entre los aportes de la orquesta merece recordarse, en especial, el acompañamiento de la primera aria del tenor, guiado por Izquierdo con elocuencia y estilo. Del cúmulo de aciertos mencionamos siquiera la flauta de Fernando Harms; oboes, fagot, chelo, contrabajo y órgano en el aria inicial de contralto; oasis de poesía casi romántica como las violas de Wesley Dyring y Pedro Poveda, el laúd de Rolando Cori y, de nuevo, los cuidadosos de chelo, contrabajo y órgano (N.os 31 y 32).

Este último instrumento desempeñó un papel fundamental y admirable, no sólo en cuanto a coloración. La única falla importante del estreno fue el apoyo mal coordinado de algunos recitativos, deficiencia que quizá pueda atribuirse a escasez de ensayos.

Quedan aún tres funciones de este magno logro, que nadie debería dejar de oír.

Federico Heinlein